

(Núm. 11.)

# DOÑA FRANCISCA LA CAUTIVA



## NUEVA Y CURIOSA RELACIÓN

*en que se refiere un portentoso milagro que obró  
la Virgen Santísima del Carmen  
con una señora viuda, devota suya, que navegaba para Roma con  
tres hijos pequeños, á los que cautivaron los turcos, y cómo  
los libertó milagrosamente.*

### PRIMERA PARTE

¡Oh gran Reina de los cielos,  
Madre de Dios soberana,  
refugio de pecadores,  
amparo de nuestras almas!

Dadme tu gracia, Señora,  
para escribir sin tardanza  
la historia más lastimosa  
que se ha escrito, ni se canta:



R. 20. 017

atención, noble auditorio,  
que ya voy á declararla.  
De Nápoles para Roma  
salió en mercante fragata  
una muy noble señora  
de sangre calificada:  
lleva tres hijos consigo,  
ángeles en forma humana;  
el uno es de cinco años,  
el otro de tres no pasa,  
y el otro es de cuatro meses,  
que en sus pechos amamanta,  
y en el golfo de Mesina  
los turcos la cautivaban.  
Desembárcalos en tierra,  
y á los tres niños compraba  
con la madre un renegado  
para el servicio de casa,  
que al fin le sirvió seis meses  
con paciencia muy sobrada:  
pero al cabo de este tiempo,  
un día, el perro la llama,  
diciéndola:—¡Ay, Francisca!  
sabrás que tu amor me mata  
y he de alcanzar tu hermosura...  
¿qué me respondes? acaba:  
abjura tu religión  
y serás muy estimada,  
la señora más querida  
que en toda esta tierra haya.—  
Doña Francisca responde,  
resuelta y determinada:  
—Tu esclava soy, gran señor,  
que tu voluntad se haga;  
renegar de Dios no quiero,  
que el falso Mahomá es causa  
que á los profundos infiernos  
vayan millones de almas:  
pues yo creo en Jesucristo  
y su Madre Soberana,  
y en el divino misterio  
de la Trinidad Sagrada,  
un Dios solo y tres personas,  
que así la Iglesia lo manda;

no más de una vida tengo,  
y la doy de buena gana,  
sólo por no quebrantar  
lo que la Iglesia me manda.—  
Esto oyendo el renegado  
á sus criados les manda  
que á una mazmorra la lleven,  
y que allí la aprisionaran.  
Obedecen el mandato,  
y á doña Francisca agarran;  
dándola crueles golpes  
en la mazmorra la entraban,  
con el niño más pequeño,  
que á diez meses no llegaba;  
la echaron á su cintura  
una cadena pesada,  
en cada pie un grillete  
y una argolla á la garganta,  
dándola por alimento  
seis onzas de pan tasadas,  
y cuando le parecía,  
el cruel tigre bajaba,  
y con un grueso cordel  
cruelmente la azotaba;  
y despues al angelito  
sus ropas le desandaba,  
y con unas disciplinas  
soberbio le descargaba,  
hasta que la sangre brota  
por sus venas delicadas.  
Aquí fueron los lamentos  
del niño; y su madre amada  
del gran dolor que recibe,  
cayó en tierra desmayada,  
y después que volvió en sí,  
en tierno llanto anegada,  
se abrazaba con su hijo  
y al pecho se lo arrimaba.  
De allí, se fué el renegado  
lento de furor y saña,  
sólo de ver que no puede  
lograr lo que deseaba.  
Mas no desiste; otro día  
vuelta á la mazmorra daba

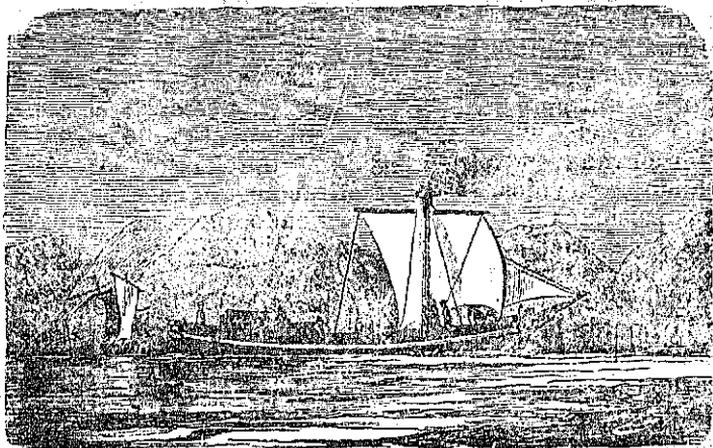
adonde está la cautiva.  
Con halagüeñas palabras  
la predica de Mahoma  
mil embustes y patrañas,  
diciéndola:—Si reniegas  
yo te daré muchas galas,  
y costosísimas joyas  
para que estés adornada.—  
Doña Francisca, prudente,  
de aquesta suerte le hablaba:  
—Esas joyas, gran señor,  
por mí bien pude guardarlas,  
que eso es un poco de tierra,  
polvo que no vale nada,  
que quien el alma me dió  
no le costó tan barata.—  
Mas viendo los menosprecios  
que le hace la cristiana,  
soberbio se desespera,  
de coraje pateaba.  
De la mazmorra se sale,  
y á los dos niños agarra;  
asidos por los cabellos  
les arrastró por la casa,  
y á la mazmorra los vuelve  
adonde su madre estaba:  
los despoja de sus ropas,  
y de prisiones los carga.  
Tomó una vara con furia  
y á los niños apaleaba;  
y juntamente á la madre  
la decia estas palabras:  
—Dime, mujer insensible;  
si tu religión dejaras,  
¡cuanto mejor te sería,  
y la vida reservarás!  
También la de tus tres hijos  
que en gran peligro se hallan.—  
Pero viendo los tormentos  
que el bárbaro ejecutaba  
en sus tres hijos queridos,  
á renegar la obligaba.  
Lo hizo en apariencia,  
sólo porque se aquietara

la furia de aquel cruel,  
que con rigor castigaba  
aquellos tres inocentes  
sin haberle dado causa.  
Doña Francisca le dijo:  
—Desata, señor, desata  
á mis hijos dé prisiones,  
que ya me humillo á tus plantas.  
Me aparto de Jesucristo,  
también de la Virgen santa  
y del divino misterio  
de la Trinidad Sagrada.—  
Pero nuestro Dios piadoso  
no quiso que aquesta alma  
se perdiese, y dió licencia  
al niño que el pecho daba  
para que á su madre avise  
del peligro en que se halla;  
y entonces el angelito  
pronunció aquestas palabras:  
—Madre, ¿qué es eso que dices?  
Mira bien lo que tú hablas,  
que aunque es de cumplimiento  
mucho le daña á tu alma,  
que para morir por Dios  
no se ha de tapar la cara.  
Triunfen los santos misterios  
de nuestra iglesia romana,  
que mis hermanos y yo  
morimos de buena gana,  
sólo porque nos defiendas  
y que se salve tu alma.—  
Absorta quedó la madre,  
y de rodillas postrada,  
pidiendo misericordia  
al cielo los ojos alza.  
El renegado que ha oído  
al niño aquesta palabras,  
en vez de compadecerse,  
más aquel perro se ensaña,  
y cogiendo al inocente  
contra una pared le daba,  
hasta que de su cabeza  
los sesos se le saltaban.



Murió el inocente niño,  
y volviendo á la cristiana,  
con una gruesa cadena  
tan recios golpes la daba,  
que ya de los ojos brota  
la púrpura en vez de agua,  
y con soberbia la dice:  
—Dime: ¿qué quieres, cristiana?  
Ya ves á tu hijo muerto;  
¿es eso lo que te falta?  
Yo le freiré en aceite,  
y lo comerás mañana.—  
De la mazmorra se sale,  
á sus mayordomos llama,  
diciéndoles:—¿Qué os parece  
que se haga en la cristiana?

Mi intento es darla la muerte,  
antes hoy que no mañana.—  
Todos á una voz dijeron:  
—Es justo de que se haga.—  
Dijo el renegado entonces:  
—Pues ¡dear nueva traza;  
¿qué castigo se ha de dar  
á esta tenaz cristiana?—  
Y contestan muy furiosos:  
—¡Que muera en voraces llamas!  
Dejemos en este estado  
aquesta primera plana,  
y Pedro de Fuentes pide  
perdón de sus muchas faltas,  
que en otra segunda parte  
les dirá lo que aquí falta.



## SEGUNDA PARTE

*en que se da fin á los sucesos y trabajos que padeci6  
doña Francisca la Cautiva.*

Sagrada Virgen María,  
hija de Joaquín y Ana;  
hoy, Señora, necesito  
que me ayudes con tu gracia,  
porque mi turbada pluma  
dó finiquito á este drama.  
Ya dije cómo quedó  
en consulta esta canalla;  
pero todos convinieron  
en que muriese quemada.  
Mandó el renegado al punto  
que en el centro de la plaza  
encendiesen una hoguera

con presteza y sin tardanza;  
lo que en breve ejecutaron,  
pues que su amo lo manda.  
Dejemos en su tarea  
á estos bárbaros piratas,  
y vamos á la cautiva  
que entre prisiones estaba.  
Mirando á sus hijos, dice:  
—¡Ay, hijos de mis entrañas,  
si no fuera por vosotros,  
mi pena no fuera tanta!  
Y á Vos, Aurora impecable,  
María, llena de gracia,



estos hijos os encargo  
que ya sin madre se hallan.—  
Los infantes se enternecen  
y amargamente lloraban;  
y á su madre la decían:  
—Madre mía de mi alma,  
no os desconsoléis, señora,  
que la Virgen nos ampara.—  
Y postrada de rodillas  
en oración elevada,  
siendo raudales sus ojos,  
las fuertes prisiones baña,  
y después de la oración,  
de aquesta suerte exclamaba:  
—Adiós, celestial princesa,  
que sois la Luz de la gracia,  
fuente hermosa de piedades,  
que misericordia manas,  
intercede con tu Hijo  
se compadezca de mi alma,  
y que perdone mis culpas,  
que conozco que son tantas,  
que como arenas del mar  
no es posible enumerarlas;  
pero tu misericordia  
jamás á nadie le falta.—  
Y dichas estas razones,  
la mazmorra se llenaba  
de un resplandor celestial;  
entre nubes de oriflama  
se apareció la gran Reina  
y á los niños se arrimaba,  
quebrantando las prisiones:  
suelto los dos se quedaban,  
se arriman hacia su madre,  
y con muy dulces palabras  
la decían:—Madre mía,  
¿conoces á quien te habla?  
Quedó la cristiana entonces  
del caso maravillada,  
y postrada de rodillas,  
así ha dicho en voces altas;  
—¡Dime quién eres, Señora,  
que tanta alegría causas!

—Yo soy la Virgen del Carmen;  
devota mía, levanta,  
que vengo por tus tres hijos,  
para cuando á Roma vayas;  
ves aquí al infante bueno,  
todas sus heridas sanas.—  
En los brazos se lo pone,  
y el pecho se destapaba,  
y dándole el alimento  
de puro gozo lloraba.  
Mirábase á la cabeza,  
y viendo que sano estaba,  
se admiró del gran prodigio,  
y con alegría extraña,  
á la Reina de los cielos  
de aquesta suerte le habla:  
—¿De dónde á mí tanto bien  
siendo yo tu indigna esclava?  
¿Cuándo merecí, Señora,  
que esta visita me hagas?—  
Y la respondió la Virgen  
aquestas dulces palabras:  
—Hija, tu gran devoción  
hizo que mi amor bajara  
desde el cielo hasta la tierra,  
que amor con amor se paga.  
Has de saber que este hombre  
que á ti tanto te maltrata,  
fué en tiempo devoto mío,  
y no quiero que su alma  
se pierda, y de su rescate  
tú sola has de ser la causa.—  
Con esto se despidieron  
con amorosas palabras;  
muy alegres los infantes,  
con su madre se abrazaban.  
—Quédate en paz, y no temas  
el castigo que te aguarda,  
que has de salir con victoria,  
libre, sin dolencia y sana;  
después proclama la fe  
de nuestra Iglesia romana.—  
Remontóse y tomo vuelo  
aquella preciosa Garza,

la más cándida azucena,  
llevándose en su compañía  
los tres hermosos infantes,  
y dejando á la cristiana  
fortalecida, de suerte  
que ya no le teme á nada;  
sólo desea morir  
por defender la ley santa.  
Prevenido ya el martirio,  
el vil renegado baja,  
y como la ha visto sola,  
con descompuestas palabras  
dice:—¿En dónde están tus hijos?  
¿dónde se han ido, malvada?  
¡Infame, ¿no me respondes?—  
Pero la noble cristiana  
le dió relación de todo,  
diciéndole lo que pasa.  
—Señor, la Virgen del Carmen  
se los llevó en su compañía,  
y el niño que tú mataste  
otra vez con vida se halla.  
Al oír estas razones  
se enciende en cólera y saña,  
y alzando cruel la mano  
le pegó tal bofetada,  
que la derribó en el suelo  
sin sentido y desmayada;  
y después que volvió en sí,  
afligida se levanta,  
diciéndole:—Di, señor,  
díame: ¿por qué me maltratas?  
¿No preguntas por mis hijos  
y te digo lo que pasa?—  
Segunda vez la golpea,  
diciendo:—Calla, malvada,  
que pues no has hecho caso  
de mí, serás castigada.  
De la mazmorra se sale,  
y á recias voces gritaba:  
—¡Acudid, criados míos,  
pues ya tenéis puerta franca;  
esto no tiene remedio;  
sacádla ya de mi casa,

porque es cosa que me irrita  
mujer que es tan obstinada;  
pues que no teme á la muerte,  
ea, al castigo llevadla!—  
Al oír estas razones  
á la mazmorra bajaban  
como unos leones fieros,  
sus ropas la desnudaban,  
y dándola recios golpes  
á la vergüenza la sacan;  
pero ella, enardecida,  
la santa ley proclamaba  
de nuestro Dios Jesucristo,  
Redentor de nuestras almas.  
Llegaron al sitio donde  
el incendio la aguardaba,  
y crueles la arrojaron  
entre las voraces llamas.  
Apenas hubo caído,  
el fuego activo se apaga;  
perdió sus ardientes luces  
sin que el pelo la agravicara.  
Mas viendo que queda viva,  
aquel alevoso manda  
que de la trenza del pelo,  
á una reja la colgaran;  
y al instante lo ejecutan  
lleno de furor y saña.  
De una reja la colgaron  
y en ella se la dejaban,  
adonde estuvo tres días  
publicando en voces altas  
de Dios sus sacros misterios  
y de la Iglesia romana.  
Mas viendo que no moría,  
anda ideando mil trazas  
por donde poder quitar  
la vida á aquesta cristiana.  
Mandó trajesen dos potros  
y á sus colas la amarraran,  
y que por las calles fueran  
hasta que pedazos la hagan;  
y por si acaso no muere,  
que la maten á pedradas.

Obedecen el mandato,  
aunque ya de mala gana,  
que hasta algunos de los turcos  
sólo de oírla lloraban.  
En fin, trajeron dos potros,  
y por las calles la sacan;  
los animales briosos  
humildes se arrodillaban,  
y entre tan grande tumulto  
algunas piedras preparan;  
mas cuando á tirarle iban,  
inmóviles se quedaban;  
y entre tanta confusión  
volvieron á la cristiana  
á casa del renegado  
diciéndole lo que pasa.  
El renegado se admira:  
un golpe al corazón daba,  
y conociendo sus yerros  
arrepentido lloraba,  
diciendo:—Divina Aurora,  
del Carmen Virgen Sagrada,  
si de aquí salgo con bien,  
yo te empeño mi palabra  
de hacer vida penitente  
en una áspera montaña.  
Y una noche, de secreto  
en una nave se embarcan  
los dos con algunos turcos

que á voces pedían el agua  
del Bautismo, porque quieren  
morir en la ley de gracia,  
y veinte y ocho cristianos  
trajeron en su compañía.  
Les fué el tiempo tan feliz,  
que en breves dias llegaron  
á la gran ciudad de Roma  
á que los absuelva el papa.  
Los turcos se bautizaron  
rindiéndole á Dios mil gracias.  
Don Juan Alonso se fué  
á cumplirle su palabra  
que dió á la Virgen del Carmen,  
nuestra Madre y abogada,  
y después doña Francisca  
se fué á casa de su hermana,  
y en ella halló los tres hijos  
prendas queridas del alma.  
Ya dieron fin los pesares  
y las tristezas se acaban,  
ya todos se regocijan  
por maravillas tan altas.  
A la Virgen del Carmelo  
demosla infinitas gracias.  
Y ahora el autor sumiso  
á sus lectores reclama  
que á sus mal trazados versos  
les disimulen las faltas.

